

CHIKI FABREGAT



# ZOILA

La leyenda del Vínculo



edebé



# ZOILA

La leyenda del Vínculo



© Chiki Fabregat, 2016

© Edición: EDEBÉ, 2016  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte  
Diseño: BOOK & LOOK

1ª edición, septiembre 2016

ISBN 978-84-683-1927-8  
Depósito Legal: B.  
Impreso en España  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



# ZOILA

La leyenda del Vínculo

CHIKI FABREGAT


**edebé**





## ~ ÍNDICE ~

Prefacio .....	9
1. Doble latido .....	14
2. Reencuentro .....	18
3. Como una adulta .....	21
4. El que encesta la última gana .....	27
5. Un altavoz en el bosque .....	33
6. Lidiar con la tristeza .....	37
7. Hiperempatía .....	41
8. Caleidoscopio .....	49
9. Siempre lo he sabido .....	55
10. Un saco de mentiras .....	60
11. Rojo y negro, rosa y gris .....	66
12. Atrapada en una imagen .....	70
13. No importa lo que yo quiera .....	74
14. Han vencido de nuevo .....	78
15. Lo peor de los elfos y de los humanos .....	82
16. Ausencia de dolor .....	87
17. ¿Quién tiene miedo ahora? .....	92
18. Canasta limpia .....	95
19. A mi manera .....	101



20. Cicatrices . . . . .	105
21. Pactos . . . . .	111
22. Miedo azul . . . . .	116
23. Secretos . . . . .	119
24. El lujo de un amigo . . . . .	123
25. Personas . . . . .	127
26. Ya no es su voz . . . . .	133
27. Un balón y una canasta . . . . .	136
28. Testaruda, pero no peligrosa . . . . .	142
29. ¿Estamos preparados? . . . . .	146
30. Culpas ajenas . . . . .	151
31. Al mando . . . . .	155
32. Llorar a solas . . . . .	161
33. Anna . . . . .	166
Epílogo . . . . .	169
Agradecimientos . . . . .	171



*Para Anita, que me enseña a vivir.  
Que me regala vida.*





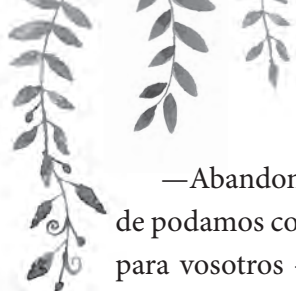


## ~ PREFACIO ~

Ya llevaba la luna mucho tiempo sobre las ramas más altas cuando se oyeron los primeros ruidos en el claro de los elfos. Al principio solo era un repiqueteo que podría haberse confundido con el chocar de las ramas movidas por el viento o con los pasos de algún grupo de animales nocturnos. Pero poco a poco el sonido se hizo más cercano y, sobre todo, más reconocible: voces humanas, palos, cuchillos y herramientas de labranza movidas de acá para allá. No habría más de quince hombres, pero fueron suficientes para despertar a todos los elfos, sacarlos de sus cabañas y reunirlos en el claro. El que parecía liderar la expedición cogió a un elfillo adormilado, que miraba a sus padres sin entender por qué lo habían sacado de la hamaca o por qué había tanto movimiento en mitad de la noche, y lo arrastró hasta el centro del claro. Puso un cuchillo de esquilar animales en su cuello y habló con una voz que resonó en el bosque:

—Ahora vendréis con nosotros y usaréis esos poderes vuestros solo cuando os lo pidamos.

Los demás hombres fueron separando del grupo a los elfos más jóvenes y llevándolos junto al que había hablado.



—Abandonaréis el bosque y vendréis a vivir a nuestra aldea, donde podamos controlarlos. Os encantará el lugar que hemos preparado para vosotros —dijo entre risas—. Y si intentáis algo, si lucháis, si usáis cualquiera de vuestros truquitos...

No terminó la frase, pero presionó un poco más con el cuchillo sobre la piel del elfo al que sujetaba junto a él. Aunque apenas lo conocían, ni los elfos ni los humanos dudaban de que cumpliría sus amenazas. Los primeros tenían miedo y los segundos empezaron a cuestionarse por qué lo habían seguido.

Unos días antes, un elfo joven, apenas un adolescente, había estado presumiendo de sus habilidades, retando a los hombres de la aldea a vencerlo en fuerza, en agilidad o en cualquier otra destreza. Había espiado sus mentes y se había burlado de lo que pensaban, aunque sin dañarlos. Tampoco a los hombres les había parecido que hubiera maldad ninguna en lo que estaba haciendo y estaban más que acostumbrados a las excentricidades de sus vecinos del bosque. Pero llegó un forastero, vio a aquel joven presumir y dejó que la avaricia lo cegase. Sembró miedo y desconfianza en los corazones de todos los habitantes de la aldea y no tardó en convencerlos de que los elfos eran peligrosos. No les dijo que ansiaba lo que ellos podían hacer, que quería saber lo que otros pensaban ni que pretendía usar todas las habilidades en su beneficio. Cultivarían su tierra, robarían y espiarían para él y los exprimiría hasta el máximo.

Y ahora que los humanos empezaban a sospechar cuáles habían sido los verdaderos motivos del forastero, era demasiado tarde para echarse atrás. Sujetaban las armas de cualquier manera porque sabían que los elfos eran incapaces de luchar, de hacer daño a ningún ser vivo, y que jamás les plantarían cara. Se limitaron a permanecer quietos, obedientes, en aparente silencio, mientras una frase fue deslizándose de cabeza en cabeza, de árbol en árbol, de animal en animal: «*Avisad al Consejo*».



Ataron a los elfos formando una cadena, la cintura de cada uno con la del que lo precedía y el siguiente, y se disponían a salir del bosque en dirección a la aldea cuando un anciano apareció como de la nada.

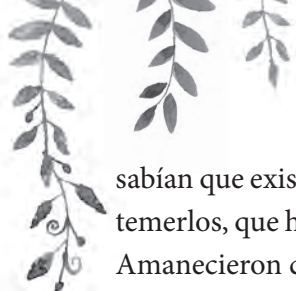
—¿Tú de dónde sales, viejo? ¡¿Quién se ha ocupado de revisar todas las cabañas?!

—Estaba arriba —dijo señalando la copa de un árbol—, descansando.

El anciano se acercó hasta el forastero y dejó que lo atase mientras le hablaba. Se disculpó por no haberlo oído llegar, por no haber bajado a recibirlo, por lo que cualquier elfo hubiera podido hacer para molestarlo. Y el otro, a medida que iba escuchando sus palabras, aflojaba los nudos que lo ataban. Descendieron unos cuantos elfos más por el mismo árbol que el anciano había señalado y se acercaron al resto de los atacantes. Los hombres miraban a su líder esperando que les diera instrucciones, que les dijera qué hacer, pero él solo charlaba con el anciano. Levantó un poco la mano y la sacudió, como restando importancia a cualquier cosa que pasara alrededor. No tardaron en desatar también los nudos que sujetaban a los demás elfos y charlar con aquellos recién llegados. Recogieron sus cosas sin prisa, pero con decisión, y salieron por el mismo camino por el que habían venido un rato antes, acompañados por un grupo de elfos persuasivos.

Al amanecer ningún hombre de la aldea recordaba lo que había pasado aquella noche, porque ningún humano, hombre, mujer o niño, recordaba siquiera haber conocido a los seres del bosque. Si quedaba alguna imagen en el fondo de su memoria, estaba tan distorsionada que no se distinguía de los cuentos o las leyendas que habían escuchado alguna vez en las noches de verano, junto a las hogueras.

Para los habitantes del claro también los recuerdos eran diferentes a los que habían tenido antes de retirarse a sus hamacas. Ellos sí



sabían que existían los humanos, pero solo recordaban que había que temerlos, que había que esconderse, alejarse y evitar contacto alguno. Amanecieron con un sentimiento nuevo de miedo que, no obstante, reconocían como si hubiera estado allí desde siempre.

El anciano y sus compañeros del Consejo volvieron al Gran Árbol, llevando con ellos al grupo de elfos persuasivos que se había ocupado de alterar la memoria tanto de los humanos como de los elfos. También a ellos tendrían que modificarles los recuerdos, aunque jugar con la mente de un persuasivo siempre resultaba más difícil. Había sido una noche muy larga, así que acomodaron a los nuevos en hamacas improvisadas y se retiraron a dormir. Todos menos dos, los más ancianos.

—¿Por qué? —preguntó uno de ellos, más como lamento que esperando una respuesta.

—Porque no estábamos preparados. Ni nosotros tuvimos humildad ni ellos confianza.

—¿No lo viste? ¿No sabías que esto iba a pasar?

—Aunque así hubiera sido...

—¿Ni siquiera cuando nuestra supervivencia está en juego podemos intervenir?

—Estamos a salvo. No le des más vueltas.

—Y cuando tú y yo desaparezcamos y nadie recuerde lo que de verdad ha pasado hoy...

—Nunca habrá existido la comunión entre elfos y humanos. Tan solo el sol, la tierra y el agua quedarán para contarlo y, hasta hoy, nadie ha podido entender lo que dicen cuando hablan. Pero sembraremos en las mentes de estos chicos una profecía que ellos irán transmitiendo de padres a hijos. Una leyenda de esperanza.

Los dos elfos se quedaron un rato callados, meditando la última frase. El que parecía más joven de los dos, el más impaciente, volvió a la conversación.



—¿Lo has visto? Esa profecía, ¿la has visto?

—La curiosidad, el deseo de saber, el de relacionarse con otros están en nuestra naturaleza y en la suya. Alguien volverá a unirnos.

—¿Elfo o humano?

—No lo sé. Alguien que no se mueva por avaricia o por desconfianza, alguien que no piense en sí mismo antes que en los otros, alguien mejor que los humanos y que los elfos. Un ser único. Capaz de crear un vínculo entre elfos y humanos.

—Pero si nadie recuerda la verdad, ¿cómo sabemos que no repetirán los mismos errores?

—No lo sabemos, pero llegará el día del Vínculo. Y espero que entonces estemos preparados.

